

# El Día de Fiesta

PASATIEMPO SEMANAL ILUSTRADO.

Redaccion. — V. PLATÉL. — R. NAVARRO. — J. PUGA.



—Señorita, ahí está la señora del segundo, que viene á buscar á V.  
—Díla que no puedo salir, porque estoy muy atareada.

## SUMARIO.

TEXTO: La Pepa, continuacion, por Vicente Platél.—Teatro, por Catano.—Las botas de mi amigo Ricardo, conclusion, por Rafael de Nieva.—Epígrama, por Benito Losada.

GRABADOS: por R. Navarro.

## LA PEPA.

(Continuacion.)

## Capítulo VI.

A D. Homobono le habia dado por lo flamenco. —Quería *vestir de corto*, y ser uno de tantos, en esa raza híbrida, producto del cruceamiento del manolo de principios de siglo con el lechuguino afeminado, que se llaman chulos.

La fiebre de la chulería es endémica en la Corte, tanto... que el robo de la camisa de la Lola, fué la preocupacion por mucho tiempo de todos sus habitantes.

D. Homobono habia *caído de primo* aquella noche, y era necesario que *pagase la primada*; terminado el baile á estacazos, habia terminado el medio de explotarle; pero como nunca falta un *rinconcito* donde hacer pagar la patente á un *primo*, se encaminaron á el, con el deliberado propósito de comerse una fuente de judías.

El Dios Baco tuvo dignos adoradores, y al poco rato de encontrarse enchiquerando entre pecho y espalda las flatulentas legumbres, la cabeza de D. Homobono tenia poca base de sustentacion en el cuello, y buscaba un punto de apoyo, sin lograr encontrarle, ora en los hombros, ora en el pecho.

Habia tomado la *gran tajada del siglo* y necesitaba reposo.

Después de asegurar que la Pepa era una persona de mérito y valer, y que él era flamenco porque lo tenia en *la masa de la sangre*, quedóse dormido sobre la mesa, no sin haber hecho rodar su cabeza sobre los cruzados brazos largo rato, buscando una almohada en uno de los codos.

Sus comensales le abandonaron al sueño, y se retiraron prudentemente, sin pagar el gasto, á las iras del dueño del establecimiento, que no tardó en hacerle volver á la realidad á fuerza de cariñosas sacudidas.

## Capítulo VII.

—¡Eh!... amigo, parece que se duerme.

—Manzanilla; murmuró D. Homobono, sonriendo de una manera estúpida y levantando su amaratada faz para mirar á su interlocutor.

—Pague usted el gasto y á la calle, que se va haciendo hora de cerrar.

—¿Cerrar?... y sus ojos al fijarse en la luz, vieron ante sí girar multitud de fuegos fátuos; ráfagas luminosas que acabaron por inflamar los espíritus que bullian en su cabeza.

No sin algun trabajo lograron hacerle abandonar su improvisado lecho, y ponerle de patitas en medio del arroyo, una vez en el cual emprendió

un derrotero incierto, acompañado de un balanceo que le obligaba á seguir su camino tropezando en todas las esquinas que encontraba á su paso.

A duras penas llegó á la calle de Carretas, en cuyo sitio trabó conversacion con uno de los leones encargados de tragarse la correspondencia pública; mano á mano, aunque mejor fuera dicho boca á boca, encontró el sereno á nuestro héroe departiendo con la muda efigie del hijo del desierto, y al preguntarle qué hacia en aquel sitio y á tales horas, tuvo que sufrir un interrogatorio de sus facultades para meterse donde no le llamaban, con que le saludó nuestro héroe.

—Soy el sereno del barrio.

—¿Y á mi qué?... usted no me sirve, porque yo soy el nublado del distrito; y apenas terminó estas palabras, sintió que una columna de fuego salía de su estómago y le llegaba á las fauces, haciéndole depositar en el buzón del correo, lo que su cuerpo repelia por sobrante.

—Venga usted inmediatamente á la prevencion.

—A mi no me venga usted con prevenciones... no vé que estoy ocupado en desocupar... que estoy depositando aquí esto, que como nadie lo ha de aprovechar, quiero que sufra la suerte de los papeles que aquí se meten, porque para nada sirve.

—¡A la prevencion!!

—Si señor, á donde usted quiera... pero, vaya un sereno careciendo de serenidad, se está usted balanceando como un buque en día de temporal.

—Andando.

—Si; andando ó como usted quiera, lo mismo se me dá.

Y á fuerza de empujones y poco menos que á puñados fué conducido D. Homobono á la prevencion del distrito.

## Capítulo VIII.

Séame permitida una pequeña digresion.

Mi ánimo no es otro que perfilar algunos tipos, y bosquejar algunas escenas de las que me han tenido por testigo en aquellos tiempos de feliz memoria, que se ocultan tras la sombra del pasado.

Al hacer esta aclaracion, me guia el propósito de no dar un *camelo* á los que esperan una novela, aunque esta fuera *desgarrada* por sus tipos y el lugar de su accion. *No teman, pues, leerla aquellas... mi naturalismo no traspasa los limites de la moral.*

## Capítulo IX.

¡La prevencion! un cuarto oscuro con algunos bancos y unas esteras; la antelosa del Saladero (cárcel de Madrid) y muchas veces del presidio.

En la prevencion durmió la mona el Sr. Sentimientos, y cuando la razon devolvió á la inteligencia la plenitud de sus facultades, fué puesto en libertad, habiéndose librado de una paliza, por consideraciones á su porte, y del amoniaco por un milagro.

Esta leccion pudo haberle sido muy provechosa; pero estaba muy guillado, y se pertenecía á la Pepa en cuerpo y alma.

Aquella misma tarde discurriendo por las calles afluentes á la plaza del Progreso, se encontró á

Paco el Chato, y despues de haber tomado en los Andaluces una cañita, una aceitunita y un pajarito, se encaminaron á la chirlata de la calle de Gitanos, con la sana intención de jugarse unas *beatas*.

### Capítulo X.

Una mesa con tapete verde; del techo cuelga una luz; las paredes amarillentas, y al rededor de la mesa muchos puntos y algunas comas, que siempre fué la ortografía muy necesaria, para leer en el libro de las cuarenta hojas.

—Se daban judías.

El cambio de corte ha quebrado el juego.

—¡Maldita sea mi suerte!

—Parolí, por si se corre.

—Al tres.

—A la sofa.

—¡Juego!

El silencio sucedió á la confusion. El banquero estaba de buenas. Los orejeros la entendian.

—En tres. El mismo resultado; se echaron en iguales, despues un elijan, patas arriba y patas abajo, todas las jugadas imaginables y los banqueros estaban en condiciones de llevarse hasta el tapete.

Un palo dado al vestuto quinqué dejó la estancia á oscuras, la mesa se llenó de manos; pero una voz de trueno rugió desde la puerta ¡al que intente salir le parto!

D. Homobonó estaba mas muerto que vivo, no las tenia todas consigo, unas se le iban otras se le venian, hasta que se hizo la luz y recobró la calma y la puerta, largándose con viento fresco á su tertulia del café, puesto que ya habia anochecido.

VICENTE PLATÉL.

(Se continuará.)

## TEATRO.

En el tiempo transcurrido desde mi última revista hasta la presente, han tenido lugar en nuestro teatro, dos novedades, dos sorpresas; es decir, dos *debutes* como dice una señora que yo conozco, sin duda con el objeto de *españolizar* mas la palabra.

Los debutantes, ó mejor dicho *la* y *él*—puesto que á diferente sexo pertenecen—han sido, una tiple dramática y un bajo que no tiene nada de *bajo* puesto que es todo un *buen mozo*.

Esclavo siempre de la galantería, siento en esta ocasion verme obligado á faltar á esta señora, pero el orden de los espectáculos y el de mis apreciaciones, exigen que tenga que empezar por el Sr. Ulloa, con permiso de la Sra. Herz; y como me parece haber dicho lo bastante para entrar desde luego en materia, haré aquí punto final y párrafo aparte.

*Hernani*, fué la obra escogida para la presentacion del nuevo artista con que hoy cuenta la compañía de ópera italiana. Juzgada ya por el publico el desempeño de esta obra, poco podria decir que no entrase en el terreno de las redundancias, puesto que es de todos conocida, la discrecion de la Sra. Escalante, y el acierto de los Sres. Fárvaro y Franchini; sin embargo, me permitiré añadir, que en la noche del viernes, todos los artistas procuraron *echar el resto*, y de tal modo se esforzaron, que no vacilo al afirmar, que pocas, muy pocas veces tendremos la dicha de aplaudir una representacion tan perfecta.

Bastóme la presentacion del Sr. Ulloa en la escena, para persuadirme de que es todo un artista, y el tiempo que siempre se encarga de justificar con hechos las suposiciones del criterio, vino á demostrarme, que tuve razon sobrada al adelantarlo que en el resto de la obra se presentó palpablemente, ante mis ojos.

Naturalidad, desenfado, discrecion, todo lo posee el Sr. Ulloa; sabe perfectamente identificarse con el personaje que representa, y demuestra hasta en los menores detalles, que su talento corre parejas con la elegancia de la accion, y el colorido que sabe imprimir á todas las situaciones escénicas en que toma parte: como actor pues, vale mucho el nuevo bajo con que hoy cuenta la empresa.

Veámos ahora las condiciones que como cantante poseé.

Magnífica escuela, sentimiento, energía, afinacion, perfecta vocalizacion, delicadeza, gusto; en una palabra, todo lo que constituye ese claro-oscuro que un buen artista sabe utilizar, para producir efectos dignos de aplauso y alabanzas. Solo así se esplica, se hiciera aplaudir con entusiasmo en su *andante* de salida, que cantó con delicadeza y mucho sentimiento.

En el segundo acto, tuvo momentos felicísimos, y sobre todo, una frase que en otro teatro se hubiera aplaudido; pero como nuestro público en ocasiones determinadas solo se entusiasma cuando los artistas pitan por *todo lo alto*, y como por otra parte, hay muchos *inteligentes* que no aplauden por no tomarse el trabajo de sacar las manos de los bolsillos, no es de extrañar, que la frase pasara en el silencio, y que el *Io l'amo* tan notablemente dicho, pasase á su vez desapercibido.

En el final de la obra, estuvo el Sr. Ulloa á una altura envidiable, y contribuyó no poco á que el público pudiese apreciar las bellezas del magnífico terceto, que fué frenéticamente aplaudido. No vacilo en afirmar, que al nuevo Silva se debe este éxito, pues en las anteriores representaciones del *Hernani*, estábamos acostumbrados á oír á la tiple y al tenor, porque el bajo, ya saben VV. demasiado lo que el infeliz hacia.

Espuesta la parte buena, veámos ahora cual es la *menos buena*. Ciertamente, muy cierto es, que la voz del Sr. Ulloa es un tanto defectuosa, porque todos estamos cansados de saber que el *trémolo* es siempre un principio de desagrado, pero bueno será hacer constar, que artistas de reconocido mérito que están reputados como verdaderas notabilidades poseen este mismo defecto, y sin embargo, no por eso dejan de ser admirados; pero en fin, esto solo es cuestion de costumbre, como tambien es costumbre en nuestro público, exajerar las faltas y disminuir los méritos artísticos.

Yo, reconociendo este defecto, declaro que me gusta mucho la voz de D. Carlos; que tiene magníficas notas, que canta muy bien y sobre todo, que es un artista que ha merecido la aprobacion de públicos—que sin que sea tratar de zaherir á éste—están por razones de práctica mas acostumbrados que nosotros á diferenciar lo bueno de lo mediano.

Esta es mi humilde opinion, y valga por lo que valga, no tuteo en lanzarla al público; es mas, tengo la seguridad que todos los que lo entiendan estarán conformes conmigo.

\*  
\*  
\*

Sábado, tercera representacion de *Lucía* y tercer triunfo de Emma Romeldi, Fárvaro y Franchini: del resto no quiero hablar, porque diria muchas cosas que no agradarian á quien yo me sé; sin embargo, por vía de distraccion bueno será hacer constar que la orquesta estuvo *infernal*, que los coros siguieron por el mismo camino, y que esto como es natural no agrada á los respectivos *generales en jefe*, Reparaz, y Ainé.

De la Srta. Romeldi, nada se me ocurre decir que no haya podido expresar en otras ocasiones. Al escuchar su *rombo* del tercer acto me acuerdo siempre de la frase de *Carolina Flachs-laud* con respecto al gran Herder; *al oírle creo ver en él una criatura celestial en figura humana*. Efectivamente hay momentos en que yo digo lo mismo de la distinguida *prima donna*.

\*  
\*  
\*

La tercera representacion de *Norma*—mejor dicho—la completa *degollacion* de la sublime partitura de Bellini, tuvo lugar el domingo. Como soy bastante *nervioso*, y no quiero disgustar á nadie voy á ser muy breve, porque vive Dios que si á decir fuera todo lo que mi pluma desearia decir, es bien seguro que habria mucha tela que cortar; sin embargo, haré uso del *estilo telegráfico* para indicar algunas cosillas nada mas.

Respecto á la parte de canto, me callo por no ser inhumano (aunque con justicia.)

La orquesta, en paños *menores* y un tanto *mahoretana*.

Vamos ahora con ciertos detalles escénicos.

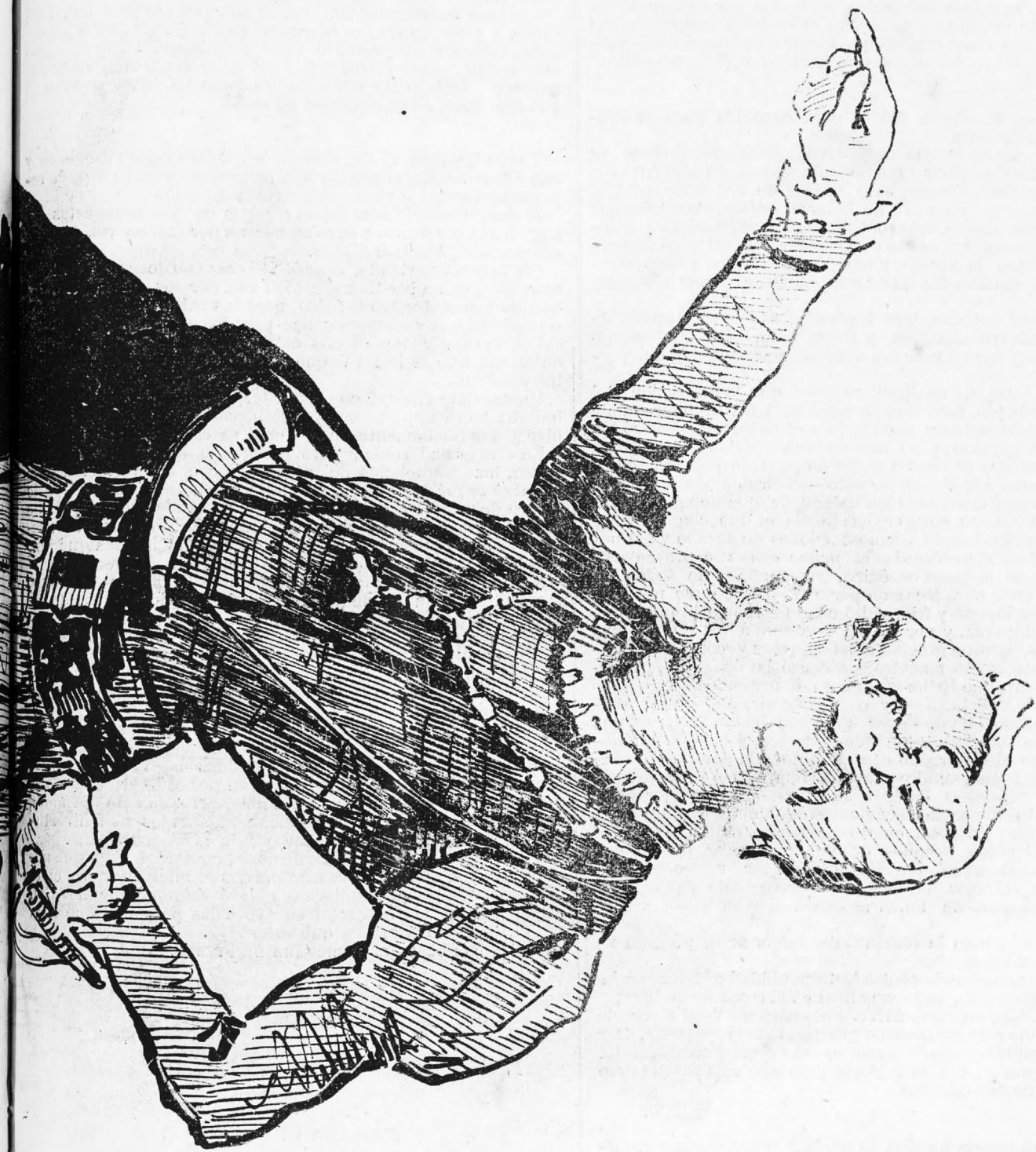
La Sra. Estéban paseándose por la *sacra selva*, á altas horas de la noche, y con botitas de raso blancas. Yo ignoraba que en aquellos tiempos estuvieran tan adelantados los maestros de *obra prima*.

¡Pásmense VV. de la piel de un guerrero, salian dos flamantes puños admirablemente almidonados!...

El *gabinete de Norma*, lujosamente decorado (época Luis XIV) y la cama de los chiquitines, en un pasillo y sobre una piel

Echando por el atajo:—Ulloa es un *grande bajo*,—Y en...  
que hará muy bien sin trabajo—lo





de *borrego* ó cosa parecida. Advierto que este detalle ya es antiguo.

El ara del sacrificio, asustada sin duda al ver tantas calamidades, se viene abajo, y un diligente guerrero, se apresura á sostener la *colosal* estatua que amenaza *desmayarse* en los brazos de la Sra. Escalante.

Se *aporrea* sin piedad el escudo en donde se ostenta la imagen de la luna, y por indisposicion del encargado de tocar el *chinesco*, se produce un ruido muy semejante al que produciria una maza, golpeando sobre una maleta vacia; pero así y todo, los guerreros y sacerdotes que son muy obedientes, acuden como si tal cosa sucediera.

En fin señores, renunció á describir mas calamidades, pues creo que para muestra basta un boton.

NOTA: A la salida del teatro supe que por indisposicion del Sr. Cancellotti dirigia la escena el *sastre* ó encargado del vestuario: solo así me esplico que se vinieran abajo los *admirículos* de marras... Se conoce que estaban mal hilvanados

*Un Ballo in Maschera*, fué la obra escogida para la presentacion de la Herz.

Empezaré por decir que esta jóven *prima donna* hace su primera salida al público y por lo tanto, carece en absoluto del conocimiento de la escena; esto aparte de ser muy natural, no puede influir en perjuicio de la novel artista, pues creo que no habrá quien ignore, que todas las cosas requieren su principio. Haré pues, caso omiso de la parte dramática que pueda relacionarse con la accion, y me limitaré única y exclusivamente, á las condiciones que como cantante posee la señorn Herz.

Hermosa voz, estensa, bien timbrada, excelente escuela de canto, perfecta vocalizacion, y sobre todo, gran sentimiento y delicadeza para expresar las diferentes situaciones del personaje.

Con tales datos, no es difícil suponer que la resolucion del problema seria tan fácil como favorable, para la nueva tiple en efecto; el escogido y numeroso auditorio, no escaseó los aplausos y los *bravos*, y en mas de una ocasiou, demostró á la artista, que sus brillantes dotes no pasaron desapercibidas.

Al terminar el ária del tercer acto—admirablemente cantada—tuvo lugar una manifestacion halagüeña, que debió probar á la Sra. Herz el buen efecto causado. En el duo con el señor Franchini, se repitieron las demostraciones de agrado y al finalizar el acto, se vió obligada la *prima donna* á presentarse cuatro veces en el palco escénico, acompañada de todos los artistas que en la obra tomaron parte. El público que no siempre ha de ser injusto y frio, pidió con insistencia la presentacion del Sr. Reparaz, y por mi parte auguro á VV. que no hizo nada de mas, porque gracias á los desvelos y constantes trabajos del inteligente maestro, alcanzó la ópera la perfeccion de conjunto que tuvimos el gusto de presenciar.

Volviendo á la Srta. Herz y para concluir, diré que ó mucho me equivoco ó ha de llegar á ser una buena cosa; es una legitima esperanza del arte á que se dedica, y cuando adquiera su voz todo el desarrollo consiguiente y la *novicia* se familiarice con la escena, tendremos una buena tiple dramática.

La Sra. Llanes y Sra. Estéban bien; esta última mejor en la parte de canto que en la escénica: Franchini bien y muy bien en la *barcarola* y final del cuarto acto. Sin embargo al verle sentado en el sillón despues de recibir el *golpe mortal* me hizo el efecto, de aquel que despues de dar un buen paseo en una tarde del mes de Julio, entra en un café y pide tranquilamente despues de tomar asiento *medio* de limon y cerveza.

Fárvaro, sublime en la romanza del tercer acto, y á gran altura en toda la obra.

Los coros, conspirando contra la tranquilidad pública en la salida del tercer acto, pero muy bien en el resto de la ópera.

Sr. Polo, V. tiene conciencia?... Pues hágame V. el favor de ponerse la mano sobre el corazón y responda á mi pregunta, acor dándose al propio tiempo de cierto vestido negro y cierta *careta*, que proporciona V. á la Srta. Herz, y no digo más porque creo que me esplico con claridad.

El miércoles, cuarta funcion de moda y segunda representacion de *Il ballo in Maschera*. La Srta. Herz más repuesta, sin duda, de las emociones del día anterior, cantó con más seguridad, desplegando sus buenas condiciones, y haciéndose aplaudir en mas de una ocasion. Franchini estuvo mejor que la primera noche, y su *barcarola* del segundo acto provocó gran entusiasmo en el público.

La Srta. Estéban bien, y en el cuarto acto, tuvo que cantar

y *bailar* dos veces, á instancias del auditorio. La Srta. Llanes, tan discreta como siempre.

Fárvaro, como acostumbra; los coros bien, y la orquesta mejor. En el intermedio del primero al segundo acto cantó Emma Romeldi una preciosa *Tirolesa* que fué aplaudida extraordinariamente.

Escusado es decir que la distinguida *prima donna* rayó como siempre á gran altura, y como la complacencia en esta simpática artista es condicion indispensable, al ser llamada á la escena, nos obsequió con la delicada serenata de *Braga* que cantó admirablemente, y le fué admirablemente acompañada por los Sres. Reparaz y Espinosa.

Un detalle: al presentarse Emma en la ascena, lo verificó *sola* porque el Sr. Reparaz ocupaba en la orquesta el puesto de reglamento, por hallarse allí situado, el piano.

Creo que cuando una Srta. canta una pieza de concierto, sea donde y como quiera, es de cajón que la galanteria la acompañe, y creo que no debia haberse dado lugar, á que un *ejemplar* tan elegante y distinguido, del bello sexo, hubiera tenido que verse en la triste precision de verse un tanto desairado, y mucho más, en una funcion de *moda*.

Ya era hora que el Sr. Cantoni nos dejara ver su fisonomía y que Franchini pudiera tener sus pequeñas *vacaciones* para reponerse de tantos y tan continuados trabajos.

El Jueves—día *clásico* segun rezaban ciertos prospectos repartidos al público—se puso en escena por última vez, la magnífica ópera, *Mariadi Rohan*.

Por lo que voy viendo, el amigo Fárvaro no descansa un solo momento, es un barítono que bien vale por dos, y no crean VV. que aludo á su desarrollo físico, pero la verdad es que D. Pedro representa una verdadera ganga para los empresarios.

Por no repetir lo que todos están cansados de saber, no me entretendré de decir á VV. que esta obra fué admirablemente interpretada.

Únicamente observé con disgusto, que el Sr. Cantoni, no se hallaba aun completamente restablecido; de todas maneras, hizo lo que buenamente pudo y esto ya es algo.

En el intermedio del primero al segundo acto, mi amigo Ibar-guren, hizo las delicias del público, y con las variaciones de *Mambrú se fué á la guerra*, nos fuimos todos *al cielo* y con esto quiero decir, que el entusiasmo fué tan grande, como brillante la ejecucion del notable y ya popular artista. Por supuesto, salió á relucir la consabida *menestra* de aires nacionales que hizo las delicias del público.

El Sr. Reparaz acompañó en el piano á D. Clemente y hubo momentos en que el distinguido director tomó el partido de dejar tocar por su cuenta al violinista: lo comprendo perfectamente, porque es *obra de Romanos* poder adivinar todas las ocurrencias é improvisaciones de que es capaz el ingenio del Sr. Ibar-guren.

Antes de terminar esta revista, voy á dedicar cuatro palabras á D. Juan Molina.

Muy bien, perfectamente bien hizo V. tomando sus medidas para que los ensayos generales no se conviertan en verdaderas *invasiones* de público *ilegal*. Personas he visto yo en las noches de ensayo, que nunca aparecen por el teatro cuando se trata de soltar los *parnès*; y en cambio, se las dan de *abonados*, cuando á lo que verdaderamente están abonados, es á divertirse de farsa. Repito que ha tenido V. la gran ocurrencia.

A propósito de lo que acabo de decir, contaré á Vds. que noches pasadas, ocurrió la gran broma con el infeliz portero, cierto sujeto, que porque estaba *abonado á delantera de tertulia*, exijia que dejasen entrar al ensayo á las personas que iban con él: estas no eran mas que *catorce!*...

Se despide hasta el primer DIA DE FIESTA.

CATANO.

## LAS BOTAS DE MI AMIGO RICARDO.

(NOVELA REALISTA.)

(Conclusion.)

—¡Si en la cueva encontrase algo!—Murmuró sordamente Ricardo, más pálido que el *Cristo de Velazquez* en cuyo cárdeno rostro, *medio cubierto por la cabellera*, húmeda del sudor de la agonía, tenia fijos los extraviados ojos.

Y efectivamente, en la cueva del Museo, en el *muladar del Arte*, halló un pincel roto, enmohecido, inservible para quien no estuviese inspirado por la *décima musa*, (que es una musa... *melenuda*) y un pedazo de paleta. En lavar *aquello* tardó una hora: lo demás fué breve: con un tacto de desesperado, fué robando en las paletas dispersas, los colores que le hacían falta y colmando la suya, ó mejor dicho, el trozo de paleta que le había brindado la suerte.

..... Al anoecer del día siguiente tenía botas; había dejado por ellas á D. Crispín Becerro y Cerote, insigne *artista en obra prima* en la calle del Carmen, una *Magdalena*, que más tarde sacó del cautiverio y logró vender á un aficionado á penitentes bonitas y baratas en *doscientos cuarenta reales*: los sudores que pasó Ricardo para pintarla, valían más; pero en fin, desde entónces pintaba en cajas de tabaco, *cantaoaras*, toreros, escenas del género *flamenco* y logró ir tirando: más tarde Cerote, que era rico, que le había tomado simpatías y que llegó á ser Concejal de Madrid, se declaró su *Mecenas*, le honró confiándole su retrato y como Ricardo le pintó con *medalla y tóos los riquilorios*, como D. Crispín quería, el buen Concejal se despilfarró y le dió *dos mil reales*; luego volvió á caer, estuvo gravemente enfermo, y por fin desaparició de la escena. Todos le creíamos en Roma, porque sabíamos que Ricardo era más testarudo que pobre y lo que él decía siempre:

—¿Véis estos altos y bajos? Pues yo al fin he de ponerme las botas!—y Ricardo era hombre para cumplirlo, áun sin auxilio de Cerote.

## SEGUNDA Y ULTIMA PARTE.

¡Cuán fugaces los años ¡ay! se deslizan... y yo iba á deslizarme, y... á sublimar con *mi brillante prosa*, los versos *trasmochados* de Espronceda!... pero áun no he llegado á la region de los... *iguales*, que diría Victor-Hugo: áun no tengo *talla para...* y éso que ya soy talludito!

Era al anoecer: la calle tortuosa y escasamente alumbrada; de distancia en distancia, tiendas de muy mal gusto, á manera de barracas de feria, mostraban en mezquinos escaparatillos, mil bujerías colocadas sin arte; y sin embargo, con pretension churrigueresca que entrístecía el ánimo é inspiraba cierta especie de desorientamiento y de estapor. Pero la poca gente que transitaba por la oscura y mal empedrada vía, no debía considerarlo así; porque á penas topaba con una tiendecilla algo ménos nebulosa, en la que á través de sus vidrios no nada limpios, se viesen telas de colores vivos, estampas francesas barnizadas, que brillaban como los caramelos, ó fotografías *inapreciables*, allí se paraba en seco y caballeros y señoras y chiquillos, arrimaban la nariz al *ostentoso* escaparate, como si tratasen de aspirar siquiera el perfume de tantas preciosidades, pintándose en sus fisonomías recelosas y burlonas, la más patriarcal admiración y... cierto orgullo de *ciudadanos* satisfechos.

La calle era larga y desigual y á espacios bastante ancha; y de vez en cuando, un descuadernado *quitrin* del año treinta, la atravesaba produciendo en el empedrado ese ruido sordo y sepulcral, ese *trac-trac, trac-trac* de los coches viejos, que ataca los nervios como el crugimiento de los huesos; pero no obstante, aquella *ruina*, arrastrada por pacíficas mulas que iban al paso. ó por jamelgos de plaza de toros, conseguía que separase la gente como embobada y que las mujeres digesen á los niños:

—Cuidado, hijos que viene un carruaje!

¡*Aquello* era un carruaje!, y la exclamación que el miedo arrancaba á las madres, la única que turbaba el sordo rumor de los transeuntes, que discurrían procurando hacer el menor ruido posible, hablando por lo bajo y con cierto misterio; mirándose los unos á los otros con curiosidad malévolá, desde la coronilla hasta los talones, y mirándose á mi... con más curiosidad todavía.

Yo lo observaba, produciéndome aquel parpadear continuo, el escozor y la inquietud que producen las trompetillas de los mosquitos; yo observaba que varones y hembras, aprovechándose de todos los recodos, de todos los portales, de todas las esquinas para parapetarse, me miraban cambiando sonrisitas de inteligencia, como diciéndose:—¡Vaya un ente! ¿de dónde habrá salido ese quidam?...

Y yo... bajaba la cabeza—hay ocasiones en que se baja siempre—y apretaba el paso; y equivoicándome aquí, preguntando allá, áun á trueque de las risitas y de las miradas burlonas que llovían sobre mi individuo como puntas de alfiler,

dí al fin en el umbral de un café, al ménos tal decía la muestra, adjudicándole el pomposo título del *Universo*; con cuyo dueño, único ser que poblaba *aquel mundo*, si se exceptúa *un gatazo enorme que al verme* se puso hecho un erizo, sostenía á poco el siguiente diálogo:

—¿Luego ese... caballero, es tan tratable?—Decía yo con voz insegura.

—Sobre que le digo á V.—respondía el cafetero—que aquí en *Ciudadcándida*, es el único que hace *esas cosas*... así... vamos, tan desinteresadamente; pero... ya se vé: él ha vivido años en aquella liorna, y sabe más que Merlin, y... pues! se atreve á todo. No: no nos chasqueará como el otro de ayer, que es un pual... ¡Si yo le contase á V. la historia del otro!... ¡Si es un tunante!... Si su mujer!... Pero nó, que éste... ¡más de tres mil duros le birló á su suegro antes de casarse con Clarita; bien es verdad... por supuesto, ésto se lo digo á V. con toda reserva, ¿h? (y aquí el cafetero guiñó el ojo, el único que poseía, porque era tuerto y me habló al oído)... Pero, amigo mío, el padre era hombre de mucho dinero; notario é hijo de notario, y... dicen malas lenguas, que andubo en cierto codicilo... ¿h? Pero veo que está V. impaciente y también quiero ser breve, que en todo el barrio y en toda Ciudadcándida, saben que yo, en lo que no me parezco á mis paisanos, no soy amigo de cuentos, ni de chismes, ni de historias... no señor: mi norma es mi norma; y la seriedad!... ¡sólo que V. me ha sido tan simpático!... ¡Caramba si me ha sido V. simpático! anoche, con franqueza, *me hizo V. feliz!* ¡Cuenta V. con *tanta gracia* sus penas!...

¡Cón que ya sabe V. pecho al agua y á él! ¡Ah! ¡mucho ojo con D.<sup>a</sup> Clara, y más ojo...—y aquí el cafetero volvió á guiñar el suyo—con cierta primita de D.<sup>a</sup> Clara, que... ¿h?

Pero por supuesto, que no le diga V. que yo le envío, ni que lo entienda nadie. ¡Por Dios, que aquí se sabe todo! ¡que no es como allá!... con quo lo dicho: calle *Honda de revolcones*; ésa que está allí... á la derecha, donde está parado aquel farolero, junto á aquella botica por donde pasa aquella muchacha del lío, á quien vá siguiendo aquel señor gordo con el pretexto de mirar las tiendas. ¡Valiente hipócrita! ese... es D. Severo *Pejelargo*, cofrade de San Vicente de Paul, que por las mañanas ayuda á misa, dándose golpes de pecho y por las noches... ¡Uf! ¡Váyase V., nos han estado oyendo!

Y el cafetero dió un portazo y yo me encontré en mitad del arroyo, comprendiendo al ver á mi redor cinco ó seis chiquillos y dos ó tres mozalvetes que me contemplaban como si en vez de mirar á un ser de su raza y de su siglo, sorprendiesen en *fragante delito de existencia*, á un fósil prehistórico animado en forma humana por arte del mismísimo diablo; que la exclamación del tuerto era fundada, y urgentísima la necesidad de libertarme de aquellos tenaces *admiradores*, y dicho y hecho: describiendo curvas que dieran que hacer á un geómetra, me emboqué en la calle de Revolcones, *honda ó no honda*, que no estaba yo para pararme en adjetivos, y vi una tienda en que el surtido mas abundante era el de fósforos, caprichosísimas cajas de dulces y velas de esperma transparentes como el ámbar: tienda rumbosa, mayúscula por su disposición estética y su novedad, para la rancia Ciudadcándida; y vi también, tras el primoroso tablero, á un hombre voluminoso, grueso, envuelto en una bata de riquísima pana leonada y con un gorro griego del mejor gusto, que prestaba cierto carácter artístico á la cabeza redonda de aquel *baja de mostrador* y á su barba negra como el azabache, que algunas hebras de plata entretejían; y cuando aquel hombre alzó la cabeza, cuando me fijé en aquellos ojazos rasgados y brillantes como los de un turco, y en aquella boca gruesa, lasciva, *insolente*, no pude ménos de dar un grito y exclamar:

—Eres tú, Ricardo? ¡Pero es posible que seas tú, él....

¡Ahora sí que me considero salvado!

—¡Calle!—Repuso Ricardo poniéndose en pié—¿tú por estos mundos, *cataclismología?* ¡chico, qué viejo estás!

Y añadió, *tosiendo* y volviéndose hacía una ventana de la trastienda en la que apareció un rostro de mujer, astuto, *afilado*, euvejecido y que contrastaba por su demacración con el de Ricardo—No es nada, Clara, no es nada, es... un antiguo conocido, que venia á hacerme un encargo: ánda, ánda, que pongan la mesa y avisa á Serafinita que suba... que allá voy!

Hasta aquí la narración del *amigo de Ricardo*: el estrambote *le mot de la fin*, le atañe al articulista.

El ex-pintor, ¡ejercía en Ciudadcándida dos industrias: la una, la que figuraba como *concepto* en el reparto de *subsídios* de la provincia: la otra, muy loable, hacer... *favores*; y en favor de lo cierto, nadie los hacía en Ciudadcándida más baratos; apenas pasaban nunca del *ochenta por ciento* de su valor.

Ricardo vivía bien: una sólo cosa perturbaba su envidiable

tranquilidad: el excesivo cariño de su mujer; cariño *cantárida* como él decía en sus momentos de expansión; y la *singular inquina* que su mujer había cobrado á cierta parienta suya llamada Serafina, (que realmente era un Serafin) *tercera persona de aquella trinidad* oculta en la pacífica calle de *Revolcones*, de la no ménos pacífica Ciudadcándida.

Respecto á su *amigo*... con pocas explicaciones bastan: los sucesos que le conduxeron á aquella calle y á aquella ciudad, estaban á *duo* con el «humorístico» apodo, con que le saludó desde el mostrador, el benemérito *industrial*.

*Tratado de cataclismos* viviente, *drama ambulante* era aquel hombre, y un azár de la suerte le había arrojado desde zona bien remota á *Ciudadcándida*, y la lucha diaria por la vida, horrible cuando se batalla por seres débiles é inocentes, por pobres criaturas sin más defensa que las del amor paternal, le había arrastrado á la casa del ex-artista.

¿Halló en él el auxilio que necesitaba? ¡Bah! Halló cien reales que Ricardo le debía desde ántes que vendiera su Magdalena al concejal Cerote; cien reales que acompañó el *donante* con la *súplica* de que su amigo «no le afectase más, con exigencias impertinentes en quien no contaba con medios *seguros* de satisfacer *favores*... al ochenta por ciento» súplica que terminó con el siguiente brillante apóstrofe:

—Por que en fin, desengáñate chico: si te hubieras dejado de ideales necios, si hubieras comprendido el espíritu de tu época, si hubieras sabido *triplicar en un año mil reales con sólo las operaciones á que se presta el cambio*, á estas horas, en vez de pordiosear, te habrias puesto como yo *las botas*.

### EPÍLOGO.

Hace... algun tiempo, pasaba al amanecer de un dia de primavera, por comarca en que todo sonreía.

Me habian comprometido á ir á una boda, boda espléndida: la de la hija del *ex-pintor* Ricardo, y de Serafinita *su segunda mujer*, con el hijo de cierto título arruinado, á quien la novia le llevaba en dote un millon de reales.

La fiesta fué completa; y yo, tán obsequiado en mi calidad de cronista *forzoso* del fausto suceso, que al declinar la tarde, me escabullí medio desvanecido; y aspirando con ánsia los puros aromas del campo, no paré hasta un robleal, donde la fatiga del cuerpo y la del espíritu, hallaron cómodo asiento y sosiego.

El crepúsculo vespertino se echaba encima: anchas fajas rojizas teñian el horizonte; el cielo iba trocando sus encajes azules por cienientas gasas...

De pronto, á lo lejos, entre la niebla oscura, se diseñaron las siluetas de un grupo que fué acercándose, acercándose... hasta que le distingui perfectamente.

Era un grupo bien doloroso: un hombre más envejecido que viejo, calvo en las entradas de la venerable cabeza, con el cabello y la barba encanecidos, con el rostro pálido y desencajado y la mirada fosforescente y arisca, y desnudos el cuello y los piés, se dirigía hácia el robleal con inseguro paso; y... ¡cosa extraña! Aquél hombre que por lo visto iba preso entre dos guardias civiles, se reía de una manera... *qué hacia daño!*

Detrás del preso, iba una jóven—casi una niña—demacrada también, harapienta... pero cuyos ojos de un azul purísimo parecian los de esas Vírgenes que *Frá Angélico* copió sin duda allá arriba, arriba... *mas allá del firmamento!*...

La niña lloraba... porque el hombre que se reía estaba loco y era su padre.

¿Y sabeis quién era aquel hombre?... El malaventurado escritor amigo de Ricardo; un cadáver—viviente, á quien llevaban los guardias á una casa de orates.

Desde entónces, lo confieso, siempre que cojo la pluma tiemblo, y tengo pensado—si hallo un alma caritativa que me preste lo preciso para el *proyecto*—dejarme de este *oficio* de muerte, y abrir una carboneria, ó una tienda de aceite y vinagre... en fin, cualquier industria que siquiera le aparte á uno de la lucha diaria y de la demencia, última *série racional* de tal lucha: ya que en el *mejor de los mundos*, no haciendo *favores al ochenta por ciento*, es difícil (y tengo para mí que imposible)..... ponerse LAS BOTAS DEL AMIGO RICARDO.

RAFAEL DE NIEVA.

### EPÍGRAMA.

Ramon, de virtud alarde hace, y aunque un vicio tiene, afirma que se contiene y peca de tarde en tarde.

Y no miente; mas lo extraño que hay en tal afirmacion, es que peca el buen Ramon, todas las tardes del año.

BENITO LOSADA.

IMPRESA DE PUGA.—1881.

## Asociacion de Auxilios de los Dependientes de Comercio de la Coruña.

Hoy domingo 11 del corriente á las cuatro de la tarde y en el local del Centro Mercantil (planta baja del Crédito Gallego), esta Asociacion cumplimentará los artículos 9 y 10 del Reglamento, celebrando, al efecto, junta general.

Coruña 10 de Diciembre de 1881.—Miguel Hermida, presidente.—José Anguita, secretario.

# EL DÍA DE FIESTA.

#### PRECIOS DE SUSCRICION.

##### CORUÑA y PROVINCIAS.

Un mes... 4 reales.  
Tres meses... 10 »

##### PORTUGAL:

Semestre... 32 »  
Un año... 60 »

#### NÚMERO SUELTO, UN REAL.

Las suscripciones de Provincias no se admiten sinó por trimestres remitiendo su importe á la redaccion y administracion de EL DÍA DE FIESTA, Real 30, Coruña.

Para el mejor orden de la administracion, las suscripciones se pagarán adelantadas.

#### PRECIOS DE SUSCRICION.

##### EXTRANJERO.

Seis meses... 10 francos.  
Un año... 18 »

##### AMERICA y FILIPINAS.

Seis meses... 3 ps. fs.  
Un año... 50 »

Anuncios dos reales linea.